

## *Fermentos intuitivos de un Renacimiento mexicano*

---

● El genio corto y desgaritado de Iturbide no tenía calidades políticas ni guerreras, puesto que no era de fiar un individuo que se jactaba de haber derrotado catorce mil insurgentes con trescientos sesenta soldados<sup>13</sup>; como no tenía Iturbide, repetimos, calidades políticas ni guerreras, no estaba llamado a iluminar muchas noches de México. Además, con un partido de cepa virreinal, situado entre el borbonismo y el independentismo caminaba de indecisión a indecisión, debilitándose más con su excelsa vanidad que aumentaba sus desvaríos.

Así, nada le sirvió para adquirir jerarquía ni a fin de quedar bien con españoles o mexicanos, puesto que de aquellos emigraban grupos y de estos partían las primeras, pero endebles irradiaciones de un Renacimiento.

Los comienzos del iturbidismo fueron tan audaces y aureolados, que sobresalieron a los ingenuos fermentos mexicanos; pero las torpezas políticas del propio iturbidismo volvieron las páginas del Trigarante, de manera que la vida política de tales días quedó reducida a la de un partido poco historiable<sup>14</sup>, aunque presuntuoso en el lecho del partidismo fracasado.

No es sorprendente, pues, que dentro de tan precaria temporada iturbidista se rehicieran los valores de la mexicanía atolondrada en 1821, y emergiesen los hombres con prioridad a las ideas.

Estos, sin embargo, con reunir un dechado de heroísmo no poseían las virtudes de una clase selecta con capacidad

<sup>13</sup> Alamán, ob. cit., t. iv, 1269

<sup>14</sup> Vide Alamán, Ob. cit., t. v

para la gobernación. Los había con aptitudes en el mando guerrero, con tentáculos legislativos y las mieles del enciclopedismo; también con influjos gaditanos; pero si unos estaban estigmatizados por haber correspondido al iturbidismo; otros pisaban los más altos niveles de las idealizaciones<sup>15</sup>. De aquí que tales individuos, no obstante sus generosas preocupaciones no pudiesen componer un cuerpo de Estado. Por otra parte, ¡cuán disímbolos pensamientos entre ellos! Y esto era explicable. Habiéndose formado en su persona individual en diferentes escuelas filosóficas o políticas, tenían agudas discordancias entre ellos y esto sin contar sus desconocimientos en la ciencia de gobernar, que creían materia muy fácil de tratar, porque más consideraban el saber que el hacer. Así y todo, denunciaban algunos desdobles de la futuridad renacentista.

Esta, no tenía más presentación que la de una nebulosa. Los propios insurgentes, no obstante su clarísima idea de independencia, no discernían sobre los complejos lingüísticos y menos acerca de la evolución de una primera natividad mexicana<sup>16</sup>; evolución que era una de las causas del independentismo, puesto que sin la concurrencia del tronco nacional evolucionado, los caudillos del Grito de Dolores no hubiesen tenido soldados para su ejército. De aquí, el poder que alcanzó lo intuitivo, primero en Chilpancingo; después, en 1823, es decir, al concluir la oquedad que fue el imperio de Iturbide.

La reunión y análisis de los documentos del 1813, que constituyen el meollo de las ideas de independencia, nacionalidad y Estado, nos enseñaría cómo los hombres de tal edad advirtieron no la instauración, sino la restructuración de una vida mexicana. Para los líderes del 13, no había de-

<sup>15</sup> Carlos M. Bustamante, *Cuadro Histórico*, Méx. 1843-45, t. II, pp. 356, 364 y ss.; Cf. F. Pimentel, *Obras*, Méx., 1904, t. V p. 399 y ss.

<sup>16</sup> Vide, Ignacio Rayón, *Proclama del Presidente de la Junta Suprema*, Tlalpujahua, julio 1823

jado de existir la materia prima, gracias a la cual era factible moldear la Nación mexicana<sup>17</sup>; y a este fin se dirigió la Constitución de Apatzingán, censurada porque no mandaba una forma precisa y partidista de gobierno; pero embellecida al señalar la territorialidad mexicana.